

Reseña de libro "Q'epiris del conocimiento".

## Qepiris del conocimiento.

Díaz Arnau, Oscar, Maldonado Sanabria, César, Villacorta Guzmán, Richar y Ramírez Martínez, Ivonne.

Cita:

Díaz Arnau, Oscar, Maldonado Sanabria, César, Villacorta Guzmán, Richar y Ramírez Martínez, Ivonne (2018). *Qepiris del conocimiento*. Reseña de libro "Q'epiris del conocimiento".

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ivonne.fabiana.ramirez.martnez/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph5g/7Z7>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## “Q’epiris del conocimiento”

---

**Díaz Arnau, Oscar**  
diazarnau@gmail.com

*Sancho, amigo, los perros ladran, señal de que avanzamos.  
(En **Don Quijote de la Mancha** de Miguel de Cervantes Saavedra, el Manco de Lepanto)*

“Q’epiris del conocimiento. Reflexiones universitarias en el arte de educar Vol. 2”, de los autores César Maldonado, Richar Villacorta e Ivonne Ramírez, es un compendio de 20 cuentos ensayísticos (o ensayos cuentísticos), unos más complejos que otros pero en general piezas integrantes de un todo en el que sobresale la problemática del estado actual de la investigación académica y científica dentro del marco corporativo de la Universidad boliviana.

Es un ejercicio de intelectualidad —con todo lo sesudo que esto puede resultar en determinados casos—, no exento de pequeñas dosis de humor inteligente.

Los q’epiris del conocimiento son curiosos experimentados, sabuesos profesionales; ante todo, obstinados cargadores de sueños. Ellos escriben a seis manos y “con una cabeza diversa” (como dice Arturo Moscoso en su epílogo) tras haber andado los penosos caminos institucionales de la ciencia y, a veces ni eso, de la pseudo-ciencia en Bolivia.

Primero diagnostican que “Bolivia es quizás el país que más profesionales produce, sin embargo, también puede ser el país que menos investigadores fomenta”. Y después concluyen: “...la profesionalización que no crea una cultura del conocimiento mediante la investigación, solo produce funcionarios, cualificados o no, que solo refuerzan el estado institucional sin cambiar ni proponer nada”.

Escriben y describen estos q’epiris uno de los problemas centrales de la modernidad: la ausencia de pensamiento original. “El miedo a no atreverse a pensar con tono propio suele ser, ni más ni menos, la acción más peculiar de la colonización y la opresión. La esclavitud suele ser siempre más sutil que la libertad racional de la que decimos gozar con decisión, creatividad, desafío y mucha rebeldía, de esa que crea y funda comunidades y bienestar, de esta que barrunta ideas propias, no prestadas ni reacomodadas a realidades disímiles”.

Escriben a menudo con reflexiones existenciales, como parte de una prosa madura, retrospectiva; una prosa sugerente, por momentos estéticamente grácil y llevadera, proclive a construir una relación empática con el lector por su alta sensibilidad.

Pero, ustedes se preguntarán: ¿‘alta sensibilidad’, tratándose de un libro de ciencia que habla de la aspereza de la educación en nuestro medio? La respuesta es que el trío de q’epiris no descuida lo espiritual con alusiones filosóficas e incluso literarias, enriquecidas por comparaciones o metáforas. Alta sensibilidad por no decir eso que un viejo maestro me enseñó a comprender y es el concepto de “sentipensante”. Por eso, creo, las insinuaciones de este libro a la cabeza y el corazón dentro del arte de educar.

En los casos en los que la usan, apelan a la figura retórica con la pericia del que te invita a volar para finalmente hacerte aterrizar, como extendiendo un teleférico cable a tierra, con referencias a las personas, a los trabajadores, a la gente que se sacrifica todos los días; a los q'epiris, pues, a los cargadores de aparejos en los mercados populares. Confirman de esta manera el indispensable vínculo —tantas veces descuidado— de la academia con la sociedad.

Ellos, valga la aclaración, se llaman a sí mismos “aspirantes académicos”; no voy a contarles por qué para que lo descubran ustedes en su propia lectura. Tampoco voy a desvelar el misterio máspreciado de los “q'epiris del conocimiento”: el por qué de esa denominación, porque creo que parte de la magia de esta obra consiste en desentrañar el verdadero significado de su título. En saber cuánto y qué es exactamente lo que cargan los q'epiris.

Pero sí les traigo algunos adelantos. Tienen ustedes la oportunidad de acceder a un serio y a la vez severo diagnóstico de nuestra realidad educativa a nivel superior. A una opinión sucinta del manejo de la ciencia —que ellos dicen no es milagrosa porque la investigación “no es magia”, porque “lo bueno hay que cultivarlo en sacrificio”.

Abordan el grave problema de la investigación con la figura de la “cartonitis”, es decir, el afán de acumular títulos bajo la idea errónea de que el fin son los cartones y no lo que deberían ser: un medio para continuar buscando el conocimiento. El triste resultado de este escenario es la falta de producción de conocimiento, la repetición o la copia, el q'epirismo del que carga conocimientos pero ajenos, lo que los autores juzgan como “una de las esclavitudes más humillantes”. Aún más degradante, antes que para los profesionales, para los seres humanos: la pretensión de que con esa empobrecedora maniobra se deba obtener fama y ranking.

Reflexionan acerca de algo muy nuestro: la alharaca. La delusoria concepción del presumido que enmarca sus títulos para estamparlos con mundana vanidad en la pared. “Los cartones — dicen los q'epiris— son solo una herramienta, no son el final del camino”. Y concluyen con sabiduría: “Pensar que otorgando títulos de posgrado sin que los graduados investiguen ni publiquen, es solo repartir cartones y cacarear la magia de que eso soluciona nuestro enclaustramiento mental”.

Estos sentipensantes escriben sin ahorrar en críticas a una academia cada vez menos académica, como parte de una necesaria interpelación a una universidad que va en contrarruta de las demandas profesionales del presente y del futuro. La casa matriz del conocimiento no está sabiendo responder a las exigencias del mercado, de aquel que pide a gritos educación para el desarrollo del país. Nuestra universidad equivoca el camino: “Nos hemos dado cuenta de que la ciencia, la que transforma las realidades más latentes, se presta menos a la prebenda. En términos futbolísticos, no hay buen fútbol sin la formación de talentos ni la inversión en ellos, los estadios son solo circo”.

Los autores comparten con nosotros su idea cabal de cómo debe ser la educación. Y les adelanto que esa educación está lejos de la ampliación de la oferta de posgrados al uso en las universidades del sistema nacional.

Amigos de la escritura científica, favorecedores de tesis con riguroso proceso investigativo, soñadores de una esfera académica distinta, con genuina epistemología y no solo pose o impostura, los q'epiris del conocimiento producen desde fuera del poder, lo cual dota a su creatura literaria de una independencia moral y profesional tal que les permite desenvolverse sin la presión de tener que rendir cuentas a nadie más que a su conciencia.

Lo suyo es un abordaje científico-intelectual bien meditado a partir de situaciones cotidianas. Como aquel cuento del selfie, con el protagonismo principal del (en sus palabras) “homo selfie pupista”, espoleado por la tecnología y por el indispensable muestreo social —en red social— como centro de un universo personal.

O aquel otro cuento del plagiador, tan ligado al facilismo que proporciona el Google y la Wikipedia, al *cut and paste* (cortar y pegar), a la falta de ética.

O aquel otro cuento del anciano de la cumbre, para representar cómo la ciencia se ha divorciado del ágora, de la gente... el teleférico cable a tierra. “La sabiduría se origina en la realidad, no al revés, la realidad no es inventada por la ciencia”, dicen los q’epiris. Se refieren a la “sabiduría de la plaza”, a imagen y semejanza de la mayéutica socrática: a la búsqueda del conocimiento mediante el intercambio de ideas.

O aquel otro de las tradiciones y costumbres, en el que se embarcan en una preocupación sociológica respecto a las identidades y el resentimiento por la falta de reconocimiento de un pasado impregnado de mezclas y de razas.

O aquel de las candidaturas para cargos de autoridades universitarias que se definen por componendas políticas, entre amigos, el mismo cuento que cuenta la anécdota de cómo estudiantes chantajistas ofrecen votos a cambio de contrataciones de grupos musicales y de la provisión de bebidas.

O aquel otro, el de los diferentes tipos de intelectuales. El de la influencia de la cultura para la aparición de los “rescatiris letrados”, genuinos intelectuales en sentido gramsciano, aunque sean solo “de mínima cuantía”. Otro es el cuento de la mujer en la ciencia. Y otro, el de las actitudes de los estudiantes ante la discapacidad. Incluso algunos contienen los resultados de investigaciones propias, de los q’epiris, como aquella que mide el grado de independencia de los colegiales en el conocimiento y en la producción de conocimiento.

Uno que me gustó mucho es el cuento de los idiomas. Aquí, un fragmento: “En ese intento de aprender el chuquisaqueño vi que hay rostros con sonrisa caminar, mayores arreglar la calle con su combo y cincel, partidos de fútbol que al mundial en nada le llegan a dejar, gente con ganas de pelear, además de jóvenes con sus perros caminar, más sin sus desechos levantar, además de miles de bolsas nylon en el aire divagar, entre otras cosas más. Aprendo que aprender un idioma, en toda su generosidad, consiste en observar mucho, en intentar entender y, sobre todo, en intervenir para practicar una solución. Lo contrario sería practicar una observación inútil, una ciencia del regodeo, sin plantear ningún tipo de cambio”.

Los temas, como ven, son variados: la “escalafonitis”, el egocentrismo, la escasez de pensamiento propio, la ausencia de investigación, el cuento del ladrón de citas: “Este es el desperfecto de legitimar el plagio, sin que nos dé vergüenza el apropiarnos de ideas de otros, para colmo con una mezcla insincera, aparatosa, mezclada y acrítica. La copia ya no nos escandaliza; falsificamos pensamientos como ropa o electrodomésticos que se venden en distintos mercados para diferentes bolsillos, con o sin factura”.

Los q’epiris parten del origen del conocimiento, de la duda filosófica como base de un pensamiento crítico, cuestionador, que sirva de trampolín para, como corolario, lograr el objetivo deseable de la producción de ideas y de nuevos conocimientos. Es un gran aporte para los responsables de reconducir la educación en nuestro país, pero, yo creo que la mayor contribución de este libro radica en que, además de constituirse en un faro orientador, lejos de

la soberbia está impregnado de la esencia que nace de la generosidad, del desprendimiento del que sabe y no es egoísta, sino que comparte lo que sabe con los demás.

Encontramos aquí también un alimento espiritual.

Arturo Moscoso, en su epílogo, destaca que los autores “osan investigar, escribir, pensar, crear, proponer, e incluso cuestionar con fundamentos. Osan no guardar las ideas, sino compartirlas y difundirlas y hacerlas añejas en las prácticas de la mente y los asientos del corazón”. Un muy buen trabajo de crítica y autocrítica, dice él. Una obra que desenmascara los falsos profetas del templo del saber y a aquellos que se apropian de los conocimientos de otros. “Q’epiris del conocimiento. Reflexiones universitarias en el arte de educar Vol. 2” es, en mi más sencillo resumen, un conjunto de cuentos que configuran una gran lectura constructiva y que, por consiguiente, buscan hacernos mejores.

Los q’epiris no están solos. Probablemente en su ambiente, dentro de la depauperada academia, se hayan sentido o se sientan solos al no haberse dejado arrastrar por la corriente de mediocridad que, lo sabemos, impera en el sistema educativo y más allá. Esa es la mediocridad que tiene a la ciudad y al país secuestrado, atrapado en un círculo vicioso de podredumbre intelectual. Como en una cárcel mental de la que la mayoría se ve privada de salir, una cárcel que amenaza con asfixiar a nuestros hijos y a nuestros nietos.

Me resisto a creer que lo permitiremos.